

CUERPOS, ALGORITMOS Y VIOLENCIAS: UNA APROXIMACIÓN A LOS ACTUALES DESAFÍOS EN LOS ESPACIOS DIGITALES

Marian Blanco¹

Resumo:

Este ensaio analisa, a partir dos estudos feministas e da interseccionalidade, como as plataformas digitais reproduzem e amplificam desigualdades estruturais por meio de arquiteturas algorítmicas, regimes de visibilidade e modelos de negócio baseados na atenção. A partir de casos recentes, como pornografia algorítmica e deepfakes, evidencia-se o impacto desproporcional da violência digital sobre mulheres e minorias. Examina-se também a manosfera e outros ambientes de radicalização misógina, ressaltando a complicitude estrutural das plataformas.

Palavras-chave: feminismo digital, violência de gênero online, interseccionalidade, algoritmos, deepfakes

Resumen

Este ensayo analiza, desde los estudios feministas y la interseccionalidad, cómo las plataformas digitales reproducen y amplifican desigualdades estructurales mediante arquitecturas algorítmicas, regímenes de visibilidad y modelos de negocio basados en la atención. A través de casos recientes, como la pornografía algorítmica y los deepfakes, se evidencia el impacto desproporcionado de la violencia digital sobre mujeres y minorías. Asimismo, se examina la manosfera y otros entornos de radicalización misógina, señalando la complicidad estructural de las plataformas.

Palabras clave: feminismo digital, violencia de género online, interseccionalidad, algoritmos, deepfakes

Abstract

This essay analyzes, from feminist studies and intersectionality, how digital platforms reproduce and amplify structural inequalities through algorithmic architectures, regimes of visibility, and attention-based business models. Drawing on recent cases, such as algorithmic pornography and deepfakes, it evidences the disproportionate impact of digital violence on women and minorities. It also examines the manosphere and other misogynistic radicalization environments, highlighting the structural complicity of platforms.

Keywords: digital feminism, online gender violence, intersectionality, algorithms, deepfakes

¹ Professora no Departamento de Comunicação Audiovisual y Publicidad da Universidad Rey Juan Carlos, Espanha. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7920-5978>

1. Introducción

Las plataformas digitales han transformado de forma radical la manera en que se configuran, ejercen y disputan las relaciones de poder en las sociedades contemporáneas. Desde que surgieran las redes sociales en la primera década de los 2000, su uso se ha incrementado, especialmente desde la pandemia, siendo parte intrínseca de los modos de relación y socialización actuales (Cervantes Hernández & Chaparro-Medina, 2021). Como señalan Gill et al. (2024), esta transformación tiene un impacto particular en las relaciones de género, no solo por la manera en que las violencias se reconfiguran en el entorno digital, sino también por el modo en que los feminismos se han apropiado de estos espacios para resistir, crear comunidad y disputar la legitimación epistémica (Storer & Rodriguez, 2020). Los entornos digitales y los nuevos desarrollos tecnológicos lejos de ser neutrales, reproducen y amplifican jerarquías ya existentes: género, raza, clase, capacidad y sexualidad se entrecruzan en la arquitectura misma de las plataformas, en sus algoritmos, políticas de moderación y lógicas de visibilidad (Noble, 2018; D'Ignazio & Klein, 2020).

Este trabajo ensayístico pretende abordar desde la perspectiva feminista interseccional cómo los medios sociales contemporáneos constituyen espacios de tensiones y disputas donde se juega no solo la posibilidad de redefinir los cuerpos y las narrativas desde otras ópticas no hegemónicas, sino también la definición misma de lo humano, lo deseable y lo posible. El avance de tecnologías como la inteligencia artificial generativa, los entornos inmersivos o el predominio del formato de vídeo corto en las redes sociales como forma de consumo de infoentretenimiento mayoritario, especialmente entre las personas más jóvenes, sitúan nuevos desafíos para los Estudios Feministas y de Género. ¿Qué cuerpos son reproducidos por la IA? ¿Qué narrativas se vuelven visibles, y cuáles son silenciadas por los algoritmos? ¿Cómo se configuran las nuevas formas de violencia? ¿Qué formas de violencia emergen o se intensifican en estos espacios? Son algunas de las cuestiones que se pretenden esbozar en este trabajo.

Para ello, se articula un análisis teórico con algunos trabajos de campo desarrollado en investigaciones recientes, centradas en las representaciones algorítmicas del género en plataformas como X.com (antes Twitter), así como en las dinámicas de

violencia digital y en los modos que resisten, cuidan y crean nuevas formas de estar en red.

2. Genealogías de los feminismos en Internet

Los feminismos en los espacios digitales son el resultado de un largo proceso histórico de apropiación, disputa y reinención de los medios de comunicación por parte de los movimientos feministas. Tanto desde el punto de vista más comunicativo como desde las manifestaciones más artísticas. Si planteamos un breve recorrido sobre su genealogía, ésta no puede entenderse únicamente como una parte de la evolución tecnológica, sino como una extensión de las luchas feministas por la conquista de derechos, la conquista y reapropiación de espacios, así como la producción de conocimiento que han atravesado el feminismo desde sus orígenes (hooks, 1984; Mohanty, 2003). En este sentido, las plataformas digitales se convierten en un nuevo espacio en el que interseccionan las relaciones de poder, y en las que se hace más necesario si cabe la acción política.

Las primeras formulaciones del ciberfeminismo en la década de 1990, con referentes como Donna Haraway (1991) y el colectivo artístico a VNS Matrix, propusieron un imaginario tecnopolítico que desafiaba de manera frontal la visión androcéntrica de la tecnología. En su influyente *Manifiesto Cyborg*, Haraway planteó la figura híbrida entre humano y máquina como una oportunidad para desestabilizar las jerarquías de género, raza y clase, proponiendo alianzas insospechadas entre organismos y artefactos. Desde los Estudios Feministas, esta figura se interpretó no solo como una metáfora epistemológica, sino también como una herramienta conceptual para imaginar subjetividades no binarias y descentradas de los dualismos tradicionales – naturaleza/cultura, hombre/mujer, orgánico/artificial – que han estructurado el pensamiento occidental.

Junto a esta obra fundacional, otros textos de referencia de la primera ola ciberfeminista incluyen el provocador *Manifiesto de la Zorra Mutante* (1991) de VNS Matrix y *Zeros + Ones: Digital Women + the New Technoculture* (1997) de Sadie Plant. Ambas propuestas compartían un tono radicalmente experimental y optimista respecto a las posibilidades de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) para subvertir el orden patriarcal. Las ciberfeministas de esta primera etapa asumieron que las

TIC podían convertirse en espacios de emancipación y reapropiación simbólica, empleando la estética del cyborg como recurso para imaginar futuros más allá de las limitaciones biológicas o sociales impuestas a las mujeres.

En paralelo, autoras como Teresa de Lauretis (1987) introdujeron el concepto de tecnologías del género, que resulta clave para comprender el feminismo en red. Según esta perspectiva, los discursos y dispositivos tecnológicos no solo representan el género, sino que lo producen activamente. Aplicado a las plataformas digitales, esto implica reconocer que algoritmos, interfaces y arquitecturas de interacción configuran identidades y relaciones, distribuyendo visibilidad y legitimidad de manera diferencial.

Durante la transición de la web 1.0 a la web 2.0, se produjo un cambio sustancial en la manera en que los feminismos interactuaban con el espacio digital. La apertura de plataformas de redes sociales como Facebook en 2004, YouTube en 2005 o Twitter en 2006, facilitó la producción colaborativa de contenidos y la circulación transnacional de narrativas feministas (Mendes, Ringrose & Keller, 2019). Este entorno amplió la escala de la acción política, pero también expuso al feminismo a nuevas formas de violencia digital, desde el acoso coordinado conocido como *gendertrolling*, hasta el silenciamiento algorítmico (Jane, 2017, Mantilla, 2015).

La perspectiva interseccional (Crenshaw, 1989) se ha convertido en una herramienta analítica imprescindible para este nuevo escenario planteado por las plataformas digitales. En este entorno globalizado, las desigualdades de género se entrecruzan con sistemas de opresión racial, colonial, sexual y capacitista. Los Estudios Feministas han señalado que las redes no son espacios neutros, sino que replican y, en ocasiones, intensifican estas desigualdades (Noble, 2018; Benjamin, 2019). Así, la genealogía del feminismo en red incluye la lucha contra el racismo algorítmico, las violencias, la transfobia y la deslegitimación política.

A lo largo de la última década, campañas como #NiUnaMenos o #MeToo a nivel global, o a nivel de país #SeAcabó en España o #EleNão en Brasil han demostrado el potencial de los feminismos para generar conciencia colectiva y presión política. Estos movimientos son herederos directos de una tradición de comunicación feminista alternativa, pero utilizan las plataformas masivas para coordinar acciones descentralizadas y multiescales (Milan, 2015). Estas prácticas de “contraesfera pública” en las redes reconfiguran los límites de lo visible y lo decible. Sin embargo, la movilización feminista a través de redes sociales con hashtags populares (como el caso

de #SeAcabó o anteriormente #MeToo) hace que parte del feminismo contemporáneo se transforme en *popular feminism*, logrando una gran visibilidad en múltiples plataformas e industrias mediáticas, pero careciendo en muchas ocasiones de una crítica social con capacidad de transformar la realidad (Banet-Weiser, 2018).

El tecnofeminismo contemporáneo, tal como lo plantean Judy Wajcman (2004) y Remedios Zafra (2010), introduce una mirada crítica a la materialidad de las infraestructuras y a la economía política de la atención. Lejos de una visión celebratoria de la conectividad, se interroga sobre quién controla los datos, qué lógicas determinan la visibilidad y cómo se distribuyen los beneficios y los riesgos en la economía de plataformas. Este enfoque se articula con el *data feminism* de D'Ignazio y Klein (2020), que propone metodologías de análisis y diseño centradas en la justicia social.

En el plano epistemológico, el feminismo en red se inscribe en una disputa más amplia por la legitimidad del conocimiento situado (Haraway, 1988) frente a las pretensiones de objetividad universal que caracterizan a la tecnociencia dominante. La circulación de saberes feministas a través de blogs, podcasts, hilos de Twitter o vídeos en TikTok no solo amplía el repertorio comunicativo, sino que desafía las jerarquías académicas y mediáticas tradicionales, abriendo nuevas rutas de producción y validación del conocimiento.

Desde el grupo de trabajo *Laboria Cuboniks* apuestan por el xenofeminismo como propuesta para las condiciones sociopolíticas actuales. El xenofeminismo es una corriente feminista que aboga por el tecnomaterialismo, el antinaturalismo y el abolicionismo de todas formas de género (Hester, 2018). Las propuestas xenofeministas buscan hacer un uso estratégico de las tecnologías existentes para re-diseñar el mundo, señalan que el potencial emancipatorio que tiene la tecnología sigue sin ser real y, por consiguiente, debe actuarse de forma activa para que la innovación tecnocientífica se enlace con un pensamiento teórico y político colectivo en el cual mujeres, queers, y disidentes de género tengan un rol sin paralelo. Como señalan en su manifiesto (Laboria Cuboniks, 2015), “el Xenofeminismo va más allá de la autodefensa digital y la liberación de las redes patriarcales. Queremos cultivar el ejercicio de la libertad positiva —libertad-*para* en lugar de liberación-*de*— y animamos a lxs feministxs a que se equipen con las habilidades para reestructurar tecnologías existentes e inventar herramientas materiales y cognitivas nuevas al servicio de fines comunes”.

Asimismo, la genealogía del feminismo en red no es homogénea: incluye disputas internas sobre estrategias, lenguajes y prioridades políticas. Desde el Sur Global, colectivos como Coding Rights (Brasil) o Mujeres en la Tecnología (México) han cuestionado el sesgo eurocéntrico de muchas narrativas sobre tecnología y género, reivindicando una soberanía digital feminista que recupere el control sobre infraestructuras, datos y marcos regulatorios (Segura & Waisbord, 2019). Además, muchas acciones en las redes quedan limitadas en su acción transformadora, convirtiéndose en acciones y estrategias postfeministas que contribuyen a validar a las plataformas sociales y mediáticas como espacios abiertos, cuando realmente son empresas cuyo interés es el negocio, y las causas sociales que se propagan en ellas no siempre provocan los cambios sociales que persiguen (Banet-Weiser, Gill y Rottenberg, 2020).

En la lógica empresarial de los entornos digitales, resulta imprescindible introducir el concepto de postfeminismo como narrativa que coexiste, compite y, en ocasiones, se entrelaza con los feminismos en Internet. El postfeminismo, entendido como régimen de representación que presenta la igualdad de género como ya alcanzada, desplaza las reivindicaciones colectivas hacia un énfasis en la elección individual, la autoexpresión y el consumo como formas de empoderamiento (Gill, 2007, Banet-Weiser, Gill y Rottenberg, 2020). En el ecosistema digital, esta lógica se traduce en prácticas que mercantilizan la identidad feminista, transformando consignas políticas en capital simbólico e incluso económico. Problematicar esta tensión es clave para comprender las ambivalencias de los feminismos en los entornos digitales como espacios capaces de articular resistencias radicales, pero también susceptibles de ser cooptados por dinámicas neoliberales y plataformas cuyo modelo de negocio se basa en la extracción de datos y la captura de atención de sus usuarios.

3. Interseccionalidad digital: visibilidad, violencia y poder

Desde una perspectiva interseccional, comprender el funcionamiento de las plataformas digitales implica reconocer que estas no son entornos neutros, sino dispositivos sociotécnicos que reproducen y amplifican desigualdades estructurales a través de lógicas algorítmicas, arquitecturas de diseño y regímenes de visibilidad. El concepto de interseccionalidad (Crenshaw, 1989, Hill Collins 2000) ha sido incorporado

por los estudios de medios digitales como una herramienta clave para mapear cómo distintas formas de opresión (sexismo, racismo, transfobia, clasismo, capacitismo, etc.) coexisten y se entrelazan en el entorno online.

En este marco, las plataformas operan como tecnologías del género (de Lauretis, 1987), no solo mediando la circulación de contenido, sino configurando activamente qué cuerpos, voces y narrativas resultan visibles, creíbles y monetizables. Noble (2018) subraya que estas lógicas no pueden entenderse sin analizar la relación dialéctica entre visibilidad y poder: la hiperexposición puede convertirse en una forma de control y violencia, especialmente para sujetos históricamente marginados. Confirmándose que los sistemas algorítmicos de moderación y recomendación replican sesgos de género, raza y clase afectando de forma desproporcionada a minorías raciales y sexuales (Lin et al., 2023).

La interseccionalidad digital, por tanto, exige un análisis que trascienda la suma de opresiones. Como señala Collins (2019), las posiciones sociales se configuran en entramados de poder donde los ejes de desigualdad son co-constitutivos. Así, una mujer negra trans que participa en redes sociales puede ser simultáneamente objeto de racismo, transfobia y misoginia, y estas violencias no pueden comprenderse de manera aislada. Esta estratificación social a través de la visibilidad algorítmica genera lo que Sobieraj (2020) denomina hostigamiento estratégico, con ataques coordinados que buscan desalentar la participación de voces disidentes. Ejemplo de los sesgos sexistas y racistas presentes en los nuevos medios es el estudio de Safia Noble (2018) *Algorithms of oppression: how search engines reinforce racism*, que señala como el buscador de Google perpetúa las narrativas estereotipadas, machistas y pornográficas sobre las mujeres racializadas y que reflejan la distribución históricamente desigual de poder en la sociedad. Gillespie (2018) denomina a este fenómeno infraestructuras de poder invisibles, para referirse a las reglas, protocolos y automatismos que, bajo una apariencia de neutralidad, ejercen un control decisivo sobre qué se amplifica y qué se oculta.

Desde el feminismo interseccional en entornos digitales, en consecuencia, no se puede limitar a reclamar visibilidad, debe interrogar las condiciones estructurales y epistémicas que hacen posible, o imposible en otros casos, que determinadas voces circulen y sean reconocidas.

4. Inteligencia artificial y performatividad de género: una etnografía digital sobre la representación algorítmica de lo femenino

El auge de la inteligencia artificial generativa ha introducido nuevas formas de representación digital de los cuerpos y, con ello, una profunda reconfiguración de las dinámicas de género en el entorno visual de las redes sociales. Esto puede observarse en los resultados de un caso de estudio en el que combinamos minería de datos y etnográfica digital (Blanco-Ruiz, Adá-Lameiras & Atauri, 2024). En este trabajo se analizaron 123.580 tuits en X.com (antes Twitter), y entre los resultados se observó cómo los discursos y visualidades vinculados a la inteligencia artificial y el metaverso configuran un nuevo régimen de género en red.

En concreto, en este trabajo realizado conjuntamente con Alba Adá-Lameiras y David Atauri en 2024, se recopilaron publicaciones etiquetadas con los hashtags #IA, #AI, #Metaverso y #Metaverse durante el mes de abril de 2023. El análisis reveló que los tuits con mayor interacción (en términos de likes, retuits y comentarios) no procedían de cuentas institucionales o científicas, sino de perfiles que empleaban imágenes generadas por IA de mujeres hipersexualizadas. Estas representaciones, encarnadas en personajes como "Komi_AItest" o "DreamgirlAI", reproducen una estética visual heredada del porno *mainstream*, por ejemplo, cuerpos de mujeres asiáticas con rasgos occidentales o blancas, muy jóvenes, con senos hipermarcados y en actitudes sumisas o sexualmente disponibles.

Este fenómeno, que podríamos denominar "pornografía algorítmica" (Blanco-Ruiz, Adá-Lameiras & Atauri, 2024), se inscribe en lo que Rosalind Gill (2009) describe como una "cultura de la sexualización", donde el cuerpo femenino se convierte en recurso visual constante, moldeado para la mirada masculina en una economía de la atención. La novedad radica en que ahora no se trata de cuerpos reales, sino de simulacros producidos por redes neuronales generativas, entrenadas con datasets sesgados que refuerzan normatividades estéticas, raciales y de género.

Desde una perspectiva feminista crítica, estas visualidades deben entenderse como artefactos ideológicos que configuran subjetividades y refuerzan desigualdades. En este caso, los cuerpos artificiales de las mujeres reproducen las formas más tradicionales de erotización heteronormativa, poniendo en circulación imaginarios que consolidan una visión tecnopatriarcal del deseo y la identidad.

Además, la visibilidad alcanzada por estos perfiles plantea preguntas urgentes sobre los sistemas de recompensa algorítmica en plataformas sociales, ya que los modelos generativos de IA no solo reflejan prejuicios sociales, sino que también se convierten en instrumentos de capitalización simbólica y económica de la sexualización del cuerpo de las mujeres.

En contraste, las creadoras y activistas feministas que intentan disputar este orden visual encuentran barreras significativas. Muchas denuncian que sus contenidos son penalizados o invisibilizados, mientras los perfiles automatizados con estética sexualizada continúan creciendo. Esta asimetría refuerza la necesidad de una crítica feminista a los procesos de entrenamiento, diseño y circulación de los modelos de IA generativa, así como a las infraestructuras algorítmicas que definen qué cuerpos y discursos son recompensados.

5. Violencias digitales y tecnologías emergentes

La proliferación de herramientas basadas en inteligencia artificial, junto con la expansión de espacios inmersivos como el metaverso, ha dado lugar a formas cada vez más sofisticadas de violencia digital. Aunque las motivaciones que las sustentan no son nuevas, sí lo son los medios, el alcance y la capacidad de convertirse en viral. Es decir, ahora puede convertirse en contenido reconfigurable, redistribuible y persistente a través de múltiples plataformas.

La violencia de género en los entornos digitales constituye una manifestación contemporánea de las violencias que experimentan las mujeres por el hecho de serlo (Lameiras-Fernández et al., 2022). La ciberviolencia de género se despliega como una presencia constante a través de la pantalla de dispositivos conectados. Sin embargo, el espacio virtual y las redes sociales distan de ser entornos neutros o seguros: en numerosas ocasiones, el propio diseño de las plataformas y los entornos virtuales favorece actitudes violentas como el control, las amenazas o el acoso amparados por el anonimato. A pesar de ello, la percepción social sigue sin otorgar la relevancia que merecen estas violencias y su papel en la reproducción de desigualdades estructurales. Prácticas como el *grooming*, *sexting* coercitivo, *stalking*, pornovenganza o *ciberbullying* —muchas de ellas de carácter sexual— se han consolidado como formas habituales de agresión en línea.

Un caso paradigmático que ilustra esta transformación tuvo lugar en Almendralejo, España, en 2023. Un grupo de adolescentes varones utilizó una aplicación de IA para generar imágenes falsas de carácter pornográfico de al menos una veintena de compañeras de instituto, sin su consentimiento. Estas imágenes, hiperrealistas y profundamente invasivas, circularon por grupos de WhatsApp y redes sociales, afectando emocional, psicológica y socialmente a las víctimas. El caso revela una realidad alarmante: el acceso cada vez más democratizado a tecnologías de generación de *deepfakes* y nudificación automatizada sin marcos éticos ni regulaciones eficaces.

Desde el feminismo crítico, este fenómeno se interpreta como parte de una estructura de violencia patriarcal ampliada. Las tecnologías no son neutrales: su diseño, acceso y uso están atravesados por relaciones de poder (Wajcman, 2004; D'Ignazio & Klein, 2020). La violencia de género digital no constituye un subproducto marginal, sino una expresión sistemática de un ecosistema mediático en el que los cuerpos feminizados continúan siendo objeto de consumo, control y exposición.

Como han demostrado Jane (2017) y Henry et al. (2020), la ciberviolencia de género opera a través de múltiples canales, desde el acoso directo hasta la producción de contenidos manipulados, y afecta de forma desproporcionada a mujeres jóvenes. Además, las respuestas institucionales suelen ser insuficientes, oscilando entre la trivialización del daño y la culpabilización de las víctimas.

La suplantación de identidad en entornos digitales ha adquirido una nueva dimensión con el avance de la inteligencia artificial. Investigaciones sobre el acoso en línea (Miner-Rubino & Cortina, 2007; Fox et al., 2015; Mantilla, 2015; Marwick & Caplan, 2018; Simões et al., 2021) han documentado cómo la creación de perfiles falsos y la difusión de información personal pueden tener consecuencias devastadoras para las mujeres, desde la pérdida de empleo hasta el acoso constante. La IA ha facilitado la automatización de estos ataques, dificultando la identificación de los agresores y el control sobre la información difundida. Entre las formas de suplantación que afectan de manera especialmente desproporcionada a las mujeres se encuentra la creación de imágenes con fines pornográficos, una nueva modalidad de pornovenganza consistente en la difusión no consensuada de imágenes íntimas generadas mediante IA para humillar y dañar la reputación de las víctimas.

La producción de imágenes pornográficas falsas, conocidas como *deepfakes*, representa un desafío inédito en la lucha contra la violencia de género digital. Estas

herramientas permiten crear vídeos hiperrealistas en los que se representa a personas participando en actos sexuales sin su consentimiento. La investigación de Deepttrace (2019) evidencia que este tipo de contenidos impacta de manera desproporcionada en las mujeres: de los más de 15.000 vídeos *deepfake* analizados, el 96 % eran pornográficos y mostraban el rostro de mujeres que nunca habían otorgado su consentimiento. Además, la accesibilidad creciente de estas herramientas ha desplazado el foco hacia mujeres “corrientes” —compañeras de clase, de trabajo o vecinas— que, junto con celebridades, son objeto de esta violencia (Dunn, 2021).

Aunque la manipulación de imágenes no es nueva, sí lo es la facilidad y rapidez con que se pueden producir y difundir falsificaciones hiperrealistas. Desde la academia se ha analizado el fenómeno y sus implicaciones en la violencia sexual (Maddocks, 2020; van der Nagel, 2020). Emily van der Nagel (2020) conceptualiza la pornografía *deepfake* como una forma misógina de control sobre las imágenes de las mujeres y responsabiliza a las plataformas digitales de verificar la autenticidad y el consentimiento de quienes aparecen en ellas. El carácter inmersivo y la persistencia en línea de estos materiales dificultan los procesos de reparación y justicia.

A ello se suma una impunidad digital estructural. Los marcos legales vigentes suelen carecer de categorías que reconozcan adecuadamente estos daños emergentes, lo que dificulta tanto la persecución de los agresores como la reparación de las víctimas. La opacidad algorítmica, el desinterés de las plataformas por actuar preventivamente y la persistencia de una cultura que minimiza la violencia hacia las mujeres en línea contribuyen a la normalización de estas prácticas.

Frente a este panorama, los feminismos digitales han articulado estrategias de denuncia, acompañamiento y reparación que se analizarán en la siguiente sección. Antes, sin embargo, conviene insistir en que la violencia digital no es un mero problema de comportamiento individual, sino una cuestión estructural que requiere políticas públicas, marcos regulatorios efectivos y pedagogías tecnofeministas orientadas al cuidado colectivo y a la justicia algorítmica.

6. Auge de la manósfera digital y los efectos sobre la participación digital

La consolidación del ecosistema digital como infraestructura hegemónica de interacción social ha ido acompañada del fortalecimiento de comunidades reaccionarias

que encuentran en estas plataformas un espacio óptimo para diseminar discursos de odio, desinformación y violencia simbólica contra todas las personas que forman la Otridad histórica (mujeres, personas racializadas, colectivo LGTBIQ+ , etc.). Entre las reacciones a los avances de los movimientos feministas de las últimas décadas, destaca una de carácter eminentemente digital pero con consecuencias en la esfera pública, la denominada *manosfera*, un conglomerado de foros, canales, *influencers* y grupos que promueven una visión misógina del mundo, articulando narrativas antifeministas basadas en una masculinidad hegemónica tradicional y en argumentos esencialistas sobre el sexo y el género (Ging, 2019; Ribeiro et al., 2021).

Este fenómeno no puede comprenderse sin considerar la lógica de las plataformas donde se desarrolla. Redes como YouTube, Reddit, TikTok o X.com priorizan la retención de la atención y la maximización del *engagement* por encima del bienestar social o la seguridad de sus usuarias. Los algoritmos de recomendación, entrenados para predecir y reforzar patrones de comportamiento, tienden a conducir a los usuarios hacia contenidos cada vez más extremos, generando cámaras de eco y burbujas de radicalización (Cinelli et al., 2021).

La *manosfera* se beneficia de esta arquitectura algorítmica de las redes sociales. Subgrupos identificados en foros como Reddit – por ejemplo, los *men's rights activists* (MRA), *Men Going Their Own Way* (MGTOW), *incels* o *The Red Pill* (TRP) – comparten, con matices, la creencia de que las mujeres son responsables de la supuesta subordinación de los hombres en la sociedad contemporánea (Krendel, 2021). Estas comunidades, junto con *influencers* en TikTok o YouTube que reproducen este ideario, logran notoriedad y monetización mediante narrativas que promueven la dominación masculina, desacreditan los avances feministas y alimentan la polarización política. Como apunta Van Doorn (2020), la cultura digital contemporánea ha normalizado la figura del “hombre indignado” como un sujeto de consumo rentable, convirtiendo el odio en un modelo de negocio sostenible.

Aunque el discurso dominante tiende a presentar el acoso en línea como un problema de individuos aislados con comportamientos aberrantes, numerosas investigaciones han demostrado que se trata de una práctica en red, coordinada y organizada. Cuando feministas o figuras públicas femeninas son objeto de hostigamiento, este suele originarse en miembros de la *manosfera*, que integra blogs, pódcast y foros de *pickup artists*, activistas por los “derechos de los hombres”, antifeministas y otros grupos

marginales. Si bien sus creencias específicas pueden variar, muchos de estos actores comparten un vocabulario común que, como analizan Marwick y Caplan (2018), refuerza una ontología misógina que presenta el feminismo como un movimiento que odia a los hombres y victimiza a varones y niños.

La misoginia algorítmica no solo impacta en quienes son atacadas directamente, sino que también produce un clima de intimidación generalizada. El informe de Amnesty International (2018) sobre Twitter documenta cómo muchas mujeres con un destacado perfil público (especialmente periodistas, políticas y activistas) optan por autocensurarse, reducir su participación en línea o abandonar por completo las plataformas ante la ausencia de mecanismos eficaces de protección.

Esta dimensión estructural de la violencia está íntimamente ligada a la laxitud de los marcos regulatorios que rigen el funcionamiento de las plataformas. A pesar de los discursos corporativos en favor de la equidad y la diversidad, muchas empresas tecnológicas han sido lentas y reacias a introducir cambios sustantivos en sus políticas de moderación. La lógica de maximización del beneficio continúa primando sobre los derechos digitales y el bienestar colectivos.

En este contexto, se vuelve urgente avanzar hacia normativas capaces de abordar las causas estructurales: la forma en que se entrenan los modelos, las decisiones de diseño, y las arquitecturas de incentivación que configuran las dinámicas de interacción. Como señala Benjamin (2019), dismantelar el racismo y el sexismo codificados en los sistemas inteligentes no es únicamente un reto técnico, sino también político y ético.

8. Conclusiones

Los medios sociales, las tecnologías algorítmicas y los entornos digitales no son espacios neutros sino que están inscritos en estructuras de poder que condicionan la forma en que la información circula, se construyen las subjetividades y se ejercen las violencias. A lo largo de este trabajo, se ha puesto de relieve cómo estas tecnologías no solo reproducen, sino que también transforman las lógicas patriarcales, racializadas y de clase que organizan nuestras sociedades.

Desde la pornografía algorítmica hasta la manosfera, pasando por el *deepfake porn* o la penalización de voces disidentes, se ha evidenciado cómo las plataformas configuran formas nuevas de violencia de género. Estas violencias, lejos de ser

marginales o anecdóticas, se encuentran en el núcleo mismo de la arquitectura, diseño y funcionamiento de los espacios digitales en el que millones de personas en el mundo acceden diariamente.

Sin embargo, de forma paralela, los distintos feminismos en Internet están intentando articular respuestas creativas, comunitarias y tecnopolíticas a estos desafíos. Las prácticas de resistencia, cuidado y creación colectiva constituyen una forma de lucha que interpela directamente las promesas de una digitalización emancipadora. Estos movimientos no solo son espacios de denuncia, sino que también ensayan otras formas de habitar los distintos hábitats tecnológicos.

Es fundamental que las plataformas digitales y los sistemas de IA se responsabilicen de sus espacios, ahonden en la regulación de los mismos y garanticen el derecho a la reparación para las víctimas de violencia digital. Asimismo, es fundamental que las políticas públicas, las universidades y las organizaciones de la sociedad civil presionen para que la inteligencia artificial, el metaverso o las plataformas sociales no se puedan seguir desarrollando y enriqueciendo al margen de sus deberes como parte de la sociedad.

Este trabajo pretende ser una contribución situada al debate que plantean los desafíos tecnológicos que enfrentan los feminismos en el ámbito digital, en un momento presente atravesado por la automatización, el capitalismo de vigilancia y la reacción al avance en la conquista de derechos.

Referencias

- Amnesty International. (2018). *Toxic Twitter: A toxic place for women*. Amnesty International. <https://www.amnesty.org/en/latest/research/2018/03/online-violence-against-women-chapter-1/>
- Banet-Weiser, Sarah, Gill, Rosalind & Rottenberg, Catherine. (2020). Postfeminism, popular feminism and neoliberal feminism? Sarah Banet-Weiser, Rosalind Gill and Catherine Rottenberg in conversation. *Feminist Theory*, 21(1), 3-24. <https://doi.org/10.1177/1464700119842555>
- Banet-Weiser, Sarah. (2018). *Empowered: Popular Feminism and Popular Misogyny*. Duke University Press.

Benjamin, R. (2019). *Race After Technology: Abolitionist Tools for the New Jim Code*. Polity Press.

Blanco-Ruiz, M., Adá-Lameiras, A., & Atauri-Mezquida, D. (2024). New Trends in Digital Marketing: Analysis of the Social Conversation on X.com About Metaverse and Artificial Intelligence. *FIIB Business Review*, 0(0).
<https://doi.org/10.1177/23197145241281033>

Cervantes Hernández, R., & Chaparro-Medina, P. M. (2021). Transformaciones en los hábitos de comunicación y sociabilidad a través del incremento del uso de redes sociodigitales en tiempos de pandemia. *Ámbitos. Revista Internacional De Comunicación*, (52), 37–51. <https://doi.org/10.12795/Ambitos.2021.i52.03>

Cinelli, M., Morales, G. D. F., Galeazzi, A., Quattrociocchi, W., & Starnini, M. (2021). The echo chamber effect on social media. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 118(9), e2023301118. <https://doi.org/10.1073/pnas.2023301118>

Collins, P. H. (2000). *Black Feminist Thought: Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment* (2nd ed.). Routledge.

Crenshaw, K. (1989). Demarginalizing the intersection of race and sex: A Black feminist critique of antidiscrimination doctrine, feminist theory and antiracist politics. *University of Chicago Legal Forum*, 1989(1), 139–167.

D’Ignazio, C., & Klein, L. F. (2020). *Data Feminism*. MIT Press.

Daniels, J. (2009). Rethinking cyberfeminism(s): Race, gender, and embodiment. *WSQ: Women’s Studies Quarterly*, 37(1-2), 101–124. <https://doi.org/10.1353/wsq.0.0169>

De Lauretis, T. (1987). *Technologies of Gender: Essays on Theory, Film, and Fiction*. Indiana University Press.

Dunn, S. (3 de marzo de 2021), Women, Not Politicians, Are Targeted Most Often by Deepfake Videos, Centre for International Governance Innovation (CIGI),
<https://www.cigionline.org/articles/women-not-politicians-are-targeted-most-often-deepfake-videos/>

Gill, R. (2007). Postfeminist media culture: Elements of a sensibility. *European Journal of Cultural Studies*, 10(2), 147–166. <https://doi.org/10.1177/1367549407075898>

Gill, R. (2009). Beyond the “sexualization of culture” thesis: An intersectional analysis of “sixpacks”, style and sexual subjectivity on reality TV. *Sexualities*, 12(2), 137–160.
<https://doi.org/10.1177/1363460708100916>

- Gill, R., Orgad, S., & Ringrose, J. (2024). Digital platforms have fundamentally shifted the way gender and sexuality are enacted and negotiated. *Frontiers in Psychology*, 15, 1430079. <https://doi.org/10.3389/fpsyg.2024.1430079>
- Gillespie, T. (2018). *Custodians of the Internet: Platforms, Content Moderation, and the Hidden Decisions that Shape Social Media*. Yale University Press.
- Ging, D. (2019). Alphas, betas, and incels: Theorizing the manosphere. *Men and Masculinities*, 22(4), 638–657. <https://doi.org/10.1177/1097184X17706401>
- Haraway, D. (1991). A cyborg manifesto. In *Simians, Cyborgs and Women: The Reinvention of Nature*. Routledge.
- Haraway, D. J. (1988). Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of partial perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575–599. <https://doi.org/10.2307/3178066>
- Hester, H. (2018). *Xenofeminism*. Cambridge: Polity Press
- hooks, b. (1981). *Ain't I a Woman: Black Women and Feminism*. Cambridge, MA: South End Press.
- Jane, E. A. (2017). *Misogyny Online: A Short (and Brutish) History*. SAGE.
- Kay, M., Matuszek, C., & Munson, S. A. (2015). Unequal representation and gender stereotypes in image search results for occupations. In *CHI '15: Proceedings of the 33rd Annual ACM Conference on Human Factors in Computing Systems* (pp. 3819–3828). <https://doi.org/10.1145/2702123.2702520>
- Laboria Cuboniks (2015). Manifiesto XENOFEMINISMO: Una política por la alienación. Disponible en: <https://laboriacuboniks.net/manifiesto/xenofeminismo-una-politica-por-la-alienacion/>
- Lameiras, M., Rodríguez-Castro, Y., & Adá-Lameiras, A. (2022), El cuerpo del delito: la cosificación sexual de las mujeres, Tirant lo Blanch
- Lin, C., Gao, Y., Ta,N., Li, K. & Fu, H. (2023) Trapped in the search box: An examination of algorithmic bias in search engine autocomplete predictions. *Telematics and Informatics*, Volume 85, 102068, <https://doi.org/10.1016/j.tele.2023.102068>
- Maddocks, S. (2020) ‘A Deepfake Porn Plot Intended to Silence Me’: exploring continuities between pornographic and ‘political’ deep fakes, *Porn Studies*, 7:4, pp. 415-423, DOI: 10.1080/23268743.2020.1757499
- Mantilla, K. (2015), *Gendertrolling. How misogyny went viral*, United States: Ed. Praeger.

- Marwick, A. E., & Kaplan, R. (2018). Drinking male tears: Language, the manosphere, and networked harassment. *Feminist Media Studies*, 18(4), 543–559. <https://doi.org/10.1080/14680777.2018.1450568>
- Matamoros-Fernández, A. (2017). Platformed racism: The mediation and circulation of an Australian race-based conflict. *Information, Communication & Society*, 20(6), 930–946. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2017.1293130>
- Mendes, K., Ringrose, J., & Keller, J. (2019). *Digital Feminist Activism: Girls and Women Fight Back Against Rape Culture*. Oxford University Press.
- Milan, S. (2015). From social movements to cloud protesting: The evolution of collective action in the internet age. *Information, Communication & Society*, 18(8), 887–900. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2015.1043135>
- Miner-Rubino, K., & Cortina, L. M. (2007). Beyond targets: Consequences of vicarious exposure to misogyny at work. *Journal of Applied Psychology*, 92(5), 1254–1269. <https://doi.org/10.1037/0021-9010.92.5.1254>
- Mohanty, C. T. (2003). *Feminism Without Borders: Decolonizing Theory, Practicing Solidarity*. Duke University Press.
- Noble, S. U. (2018). *Algorithms of Oppression: How Search Engines Reinforce Racism*. NYU Press.
- Ribeiro, M. H., Blackburn, J., Bradlyn, B., & Stringhini, G. (2021). The evolution of the manosphere across the web. In *Proceedings of the International AAAI Conference on Web and Social Media*, 15(1), 263–274.
- Segura, M. S., & Waisbord, S. (2019). Between data capitalism and data activism: The problem of digital rights in Latin America. *International Journal of Communication*, 13, 3703–3723.
- Simões, R. B., Santos, I. M., & Costa, C. (2021). Gendered cyberharassment: Evidence from a systematic review. *Computers in Human Behavior Reports*, 3, 100078. <https://doi.org/10.1016/j.chbr.2021.100078>
- Sobieraj, S. (2020). *Credible Threat: Attacks Against Women Online and the Future of Democracy*. Oxford University Press.
- Storer, H. L., & Rodriguez, M. (2020). #Mapping a movement: social media, feminist hashtags, and movement building in the digital age. *Journal of Community Practice*, 28(2), 160–176. <https://doi.org/10.1080/10705422.2020.1757541>



- Van der Nagel, E. (2020). Consensual sexual media and deepfakes: The case for “digital sexual consent.” *Porn Studies*, 7(4), 398–412. <https://doi.org/10.1080/23268743.2020.1757495>
- Van Doorn, N. (2020). Platform labor, gender, and the laboring body. *Communication, Culture & Critique*, 13(3), 403–421. <https://doi.org/10.1093/ccc/tcaa015>
- Wajcman, J. (2004). *TechnoFeminism*. Polity Press.
- Zafra, R. (2010). *Un cuarto propio conectado*. Fórcola Ediciones.